

MENSAJE DEL SANTO PADRE AL IX CONGRESO INTERAMERICANO DE EDUCACION CATOLICA

Al venerable Hermano Nuestro
BRUNO TORPIGLIANI
Arzobispo t. de Malliana.

En la hospitalaria ciudad de San Salvador, y bajo el patrocinio de las Naciones de Centro América y Panamá, va a celebrarse próximamente el IX Congreso Interamericano de Educación Católica, que continúa la benéfica tradición de anteriores iniciativas. De nuestras esperanzas y deseos acerca de este acontecimiento queremos hacerte participe a tí y a todos los venerables hermanos y amados hijos, que representando a los distintos países del continente, os reunís ahí para estudiar la presencia y actuación que corresponden en esta hora a las fuerzas católicas en relación con el fenómeno universal de la llamada "democratización de la enseñanza".

Los congresistas tienen ante sus ojos el panorama que ofrecen los millares de colegios y escuelas de todo grado, así como también el número elevadísimo de niños, adolescentes y jóvenes que reciben instrucción en instituciones privadas u oficiales, y aun también a aquellas que, o por carecer de medios o por falta de iniciativa personal, no acceden ni siquiera a una formación básica.

Al problema del aumento demográfico —del que América retiene uno de los más altos índices— sigue, cual derivación obvia, el fenómeno de lo que se anuncia hoy como "una explosión escolar" y cuya aceleración encuentra también un móvil poderoso en las ansias universales de cultura estimuladas por el empeño de los Estados en el desarrollo económico y social.

El Concilio Vaticano II, confirmando la doctrina ya tradicional en la materia, repetidamente expuesta por nuestros predecesores, ha proclamado el derecho universal de los hombres a una adecuada instrucción y ha exhortado "a los hijos de la Iglesia a que presten con generosidad su ayuda en todo el campo de la educación, principalmente con el fin de que puedan llegar cuanto antes a todos los rincones de la tierra los oportunos beneficios de la educación y de la enseñanza" (Graviss. educat. momentum, n. 1).

Este grandioso proceso que impone nuevas y urgentes tareas a la sociedad, exige principalmente la cooperación de la familia y del Estado. La Iglesia, que particularmente en ese conti-

nente, ya desde los albores de su descubrimiento, tiene singulares méritos contraídos en la difusión de la cultura, se siente solidaria asimismo de esta empresa.

Deber peculiar de los católicos será el cuidar que este movimiento ascensional se verifique de modo que conserve la característica cristiana a la que le da derecho la condición de bautizados de la inmensa mayoría de sus beneficiarios (cf. Graviss. educat. momentum, n. 2). Por esto ese Congreso se propone hacer oír su voz ante los responsables, voz que es también de muchos padres de familia, para reclamar la enseñanza religiosa en las escuelas públicas allí donde todavía no se imparte. La cultura profana, lejos de desmerecer, alcanza esplendor y alta expresión cuando es completada por la luz de la fe induciendo a los jóvenes y adolescentes a la profesión consciente de miembros activos de la Iglesia que en ellos coloca su esperanza para la configuración del mundo según los principios del Evangelio.

Además la ayuda que el Estado ofrece a la enseñanza católica es consecuencia del derecho a la libertad de elección de escuela por parte de los padres de familia según su conciencia (cfr. Conc. Vat. II, Dignitatis humanae, n. 5) y es aplicación de la justicia distributiva en el empleo del dinero público. Ella permitirá además atender con la amplitud deseada a los pobres. En todo caso, siempre insistiremos en la urgencia de que las escuelas de la Iglesia sepan con valor y prudencia dar generosa acogida a toda clase de alumnos principalmente necesitados, según las recomendaciones del Concilio Vaticano II (cfr. Graviss. educat. momentum, n. 9), con lo cual harán un servicio de incalculable trascendencia a América Latina y a la misma Iglesia.

No queremos pasar por alto una reflexión acerca de algo que llevamos muy dentro del alma y forma ya parte de nuestro programa. Los tiempos invitan a una renovación de métodos fundada en serios estudios previos de las realidades existentes y de las metas a conseguir. Tal conocimiento hará pensar en la creciente población escolar que no recibe adecuada formación religiosa o que vive incluso a espaldas de la fe. Habrá sí que sostener y estimular la red de escuelas y universidades católicas pro-

pías; mas por otro lado se habrá de acercar el mensaje evangélico también a la gran pléyade de los demás estudiantes, ya con la presencia de profesores católicos competentes y celosos en las escuelas públicas, ya con obras de asistencia, asociaciones y centros apropiados para la conservación y cultivo de la vida cristiana.

La celebración del presente Congreso, que-remos creerlo así, marcará un jalón importante: tiene lugar en un momento precioso en que por todas partes se estrechan los lazos de unión en los variados campos de la convivencia humana: ocasión es pues ésta muy oportuna para formular un plan de acción conjunta más efectivo. El espíritu de colaboración y el peligro de aislamiento y de ineficacia piden ánimo pronto para secundar las iniciativas en sede nacional e internacional, ya provengan éstas de las filas del propio gremio, ya incluso de otras entidades con tal de que sean honestas y enderezadas al verdadero bien. Sólo así se evitarán inútiles pérdidas de energías y nocivas duplicidades de trabajo.

Que todos consideren como un factor de decisiva influencia la armonía y unidad entre los Superiores mayores de las familias religiosas, las —que justo es darles aquí el merecido reconocimiento— llevan hasta el presente el mayor peso de las escuelas católicas en Latinoamérica. Garantía de éxito es, finalmente, la cohesión operante entre los colegios católicos no sólo en su ámbito nacional mediante la vinculación a las respectivas Federaciones, sino aun también en las esferas interamericana e internacional, en unión creciente con la Jerarquía, con las Conferencias Episcopales Nacionales o Regionales y con el Consejo Episcopal Latinoamericano.

Para la más fácil consecución de estos ideales y en prenda de las gracias necesarias del Cielo, os enviamos, unidos a vosotros en la oración por el buen fruto de vuestras fatigas y en la caridad de Nuestro Señor Jesucristo, una amplia y cordial Bendición Apostólica.

El Vaticano, 25 de Diciembre de 1966.

PAULUS PP. VI.

CASA GIACOMAN

CASA MATRIZ

3A. AVENIDA NORTE No. 317

SUCURSAL

3A. AVENIDA NORTE No. 212
FILTRO DE ACEITE

TELEFONOS:

21-8374

21-3230

21-3203

21-5726

+

MIGUEL A. GIACOMAN

DISTRIBUIDOR DE GENERAL MOTORS

